

Hacia una ontología del presente

Alexander Muriel Restrepo

Entiendo que el análisis ontológico del presente no puede ser otro que el de una sociedad que se ha arrogado el derecho de llamarse sociedad de mercado, teniendo por credo la doctrina del liberalismo, predominantemente caracterizada por su determinación posesiva, individualista y de satisfacción de los deseos. El carácter privatizador que ostenta la sociedad del liberalismo, la sociedad de mercado, abarca hasta la corporeidad y la conciencia mismas. Esto es explicable por el hecho mismo de que hasta el cuerpo se reduce a un objeto transaccional y en tanto es susceptible de ser adquirido, pasa a ser propiedad de alguien. Paralelamente, el Estado se torna mínimo, “frugal” según la expresión de Foucault (2007) y en esas condiciones no es ya tanto un ente protector como un ente garante del juego de la privatización: las obras sociales, la educación, la salud, los servicios públicos, los medios de comunicación, los transportes, etc.; todo, o casi todo, paulatinamente ha ido pasando a manos privados; en estas condiciones, la corporeidad misma se precariza dada la elitización misma de esos sectores vitales privatizados.

Por tanto, la paradoja que esto implica es que aun existiendo una eclosión del mercado, con la amplia gama de ofertas que actualmente significa, una precarización de diversa índole le es connatural. Cabe sospechar entonces que el liberalismo se extiende como discurso de verdad, a cuenta del cual cada individuo se percibe libre, autónomo y en terreno propicio para emprender, aunque la realidad es mucho más complicada y enrarecida en el momento de entender el origen del emprendimiento y con él las raíces de la riqueza y la propiedad y el por qué éstas no alcanzan para todos. En cambio, se ha subjetivado la culpa; si hay ejemplos de individuos que han sido capaces de salir adelante por sus propio esfuerzo, ¿cómo es que otros no lo han hecho? La imposibilidad objetiva misma de ascenso, de emprendimiento, de competencia, etc., se ha trasladado a la incapacidad subjetiva que cada cual pudiese tener para labrar su destino.

Cuestión antinómica del presente, además, porque habiéndose llegado a la exaltación del individuo, concebido en tanto corporalidad ávida de satisfacciones, cultos al ego y -en forma englobante- receptor de la felicidad intimista y materialista (cf. Lipovetsky 2000), nos encontramos intentando dar explicación a situaciones considerables, allí enclavadas a manera de elementos opuestos de esa felicidad paradójica, como la soledad, la depresión, el desencanto, el aburrimiento, el escepticismo, el individualismo, la insolidaridad, etc. Suponiendo que estamos en un momento en que la vorágine de artefactos, elementos sofisticados, lugares confortantes, imágenes glamorosas, procedimientos estéticos e instantes de placidez invaden los resquicios e imaginarios de la realidad social, podría entonces llegarse a pensar que fue ésta la cuestión resultante de la exaltación misma del consumo de bienes y servicios, que quizás era este el rasgo traslúcido, subyacente, inherente, vital, de la sociedad liberal y su noción de bienestar. Sucede entonces que la síntesis paradójica de esta realidad la representa una creciente insaciable sociabilidad, entendiendo que el actual mundo de la opulencia, sin parangón con ningún otro mundo del pasado, implica necesariamente la más abrumadora carencia. Descompuesto a su vez en otras tantas realidades paradójicas, es un mundo incomparablemente más rico, pero mucho más pobre; es un mundo con muchos más seres humanos pero inmersos en incomprensibles soledades; es un mundo más sofisticado en el adelanto científico-técnico, pero mucho más pauperizado en cuanto a la finalidad de la razón científica, aún muy distante de aplicabilidad en función de la sensibilidad y la solidaridad humana. De otra parte, la innovación y el emprendimiento, presupuestados como ejercicios del ingenio y la libertad, finalmente han quedado sujetos a los avatares, los designios y las monopolizaciones que implica el mercado.

Podría seguirse discurriendo en este carácter antinómico del presente, para llegar entonces a constatar, que en un mundo en el que el confort y el disfrute en el consumo han ampliado su radio de acción, no obstante –o precisamente por eso- el hastío, la saturación, el desencanto, aumentan progresivamente. Con todo, qué otra respuesta poder ensayarse, en clave dialéctica, a estas cuestiones de la soledad, la depresión, el desencanto, la crisis de sentido, etc., diferente a

que una mayor adhesión a los ideales de belleza, a la seducción que implica la realidad del hedonismo, del placer; una mayor determinación en la búsqueda del poder, del éxito, de la fama y la fortuna, en su conjunto, es algo tan ávidamente perseguido y, a la vez, tan esquivamente asible, deleznable y fortuito en la vorágine del devenir, por lo que jamás estamos en propiedad, en posesión absoluta de un determinado atributo de esta especie. La habilidad de la sociedad de mercado consiste en haber sabido someter los deseos humanos en pos de una potencial saciabilidad en el consumo; aunque a la larga resulte quedar en un simple deseo, con la posibilidad, eso sí, de que alguna vez pueda ser satisfecho. La libertad ha quedado clausurada entonces ante la esclavitud del consumo potencial o efectivo.

Heráclito en el siglo V antes de Cristo había postulado -palabras más, palabras menos- que nunca nos bañamos dos veces en el mismo río y haciendo en la actualidad un parangón algo atrevido con este célebre aforismo apologético del devenir, de lo que tan vertiginosamente fluye, podemos aventurarnos a decir que nunca nos vemos dos veces en el mismo espejo para resaltar que de los ideales, quizás el más escurridizo es el de belleza; pero después de todo, cualquier ideal (en el terreno de la *hedoné*) que pretenda arrogarse el sujeto como atributo duradero. Sin embargo, siendo una realidad efímera para el sujeto, en el conjunto de la sociedad actual se inscribe como imperativo, como determinación actual esos ideales de poder, fama, belleza, perfección, atractividad, etc., por lo que en la búsqueda y conservación del poder, del éxito, de la fama y la fortuna, emparejados a la satisfacción de los deseos, no se escatiman los medios para llegar esos fines; de ahí que la guerra, la corrupción, las mafias, los monopolios, los carteles, etc., no sean fenómenos casuísticos sino inherentes de la sociedad del hiperconsumo actual. En otras palabras, el poder, el dinero, la fama considerados como obsesiva finalidad significa no escatimar ningún medio.

En este contexto, generalmente se ha creído que el estado liberal es emplazado abruptamente con el ascenso del estado totalitario; sin embargo, tal como expone Marcuse, la lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del Estado es sólo un fenómeno periférico (1967 15), porque en realidad el enemigo

real de dicha concepción es toda tendencia que amenace el derecho a la propiedad. Lejos de tener carácter antinómico, pues, liberalismo y concepción totalitaria del estado coinciden en el punto fundamental en que debe darse “la libertad del sujeto económico individual para disponer de la propiedad privada y la garantía jurídico-estatal de esta libertad.” (1967 19). Estos principios, defendidos por el poder de la burguesía, desembocan en una agudización de las oposiciones económicas y sociales posteriores a la primera gran guerra.

El acento fundamental de esta gran conflagración europea es una lucha encarnizada entre imperios, es decir, entre naciones que representan la avanzada del capital monopolista. Esta guerra imperial madura, entre otras situaciones concomitantes, las condiciones para lo que podríamos llamar un nuevo malestar en la cultura, en la política, en lo social, en lo económico. En estas circunstancias, Marcuse afirma que surge muy pronto un frente común que puso de manifiesto su función política y social al enfrentar algunas de esas fuerzas de oposición (1967 15).

Resulta lógico concluir entonces que si la sociedad liberal se arroga y hasta aparece como defensora de los derechos fundamentales, reprimir todo intento de libertad, de igualdad y solidaridad que reclamen los sectores hambrientos de derechos frente al monopolio de la propiedad -que lleva implícita la desigualdad, porque unos tienen más, otros menos y otros no tiene nada-, significaría una especie de situación contradictoria en la que caería esa sociedad liberal. En otras palabras, la sociedad liberal se ve abocada a defender, incluso a ultranza, la propiedad privada, predisponiendo en tal propósito la estructura jurídica-estatal y el control de los individuos con diversos medios; pero al mismo tiempo, debe cuidarse de no aparecer violentando los derechos de aquellos que reclaman igualdad, lo que de hecho supone una amenaza a la propiedad. ¿Cómo debe actuar entonces el buen sentido burgués ante la amenaza del derecho liberal por antonomasia? Pues bien, me parece que en estas condiciones las bases para la creación de una sociedad y un estado, que han sido caracterizados como negación de la sociedad liberal, están dadas en este estado de cosas.

En la aparentemente abrupta emergencia de un estado totalitario, que se soporta en una sociedad totalitaria, la responsabilidad de la sociedad liberal estaría salvada; se le podría acusar en este sentido de debilidad ante las “ideas de 1789”, de profesar humanismo y pacifismo afeminados, de producir el intelectualismo occidental, de individualismo egoísta, de la entrega de la Nación y del Estado a la lucha de intereses de determinados grupos sociales, de un igualitarismo abstracto, del sistema de partidos políticos, de la hipertrofia de la economía, del tecnicismo y del materialismo disolventes (Marcuse 1967 18); de todo lo anterior, como efectivamente lo hacen sus detractores ubicados en la concepción totalitaria; y con estos argumentos estaríamos lejos de pensar que la sociedad liberal fuese en sí la sociedad totalitaria. Es entonces la sociedad liberal lo que me atrevería a caracterizar como el despliegue mismo de la gazmoñería ideológica y política.

Proceso entonces de lenta maduración y transformación que ya el siglo XIX se presenta sintomáticamente en muchos aspectos. Particularmente, la sociedad liberal adquiere una situación curiosa: de una parte es fustigada por su contenido hedonista, utilitario y pragmático; pero en la medida en que se da la apertura a un espectro de necesidades creadas a niveles insospechados y su posibilidad de satisfacción, presupone un terreno abonado de seducción, en que la condición de insaciable saciabilidad está ya asegurada; es, por tanto, una sociedad repudiable y a la vez seductora.

En la proximidad del siglo XX es mayor aún la convicción de haberse alcanzado una época de esplendor, habiéndose predispuesto en este rumbo de la satisfacción y el lucro material, diríamos que de forma instrumental, todos los adelantos de la ciencia, la tecnología y los demás avances del saber humano; y en este clima, dicho terreno abonado resulta ser cada vez más fértil.

Tras la segunda revolución industrial empieza a ser visible una sociedad que se dispone para el consumo a gran escala. En este clima, no obstante, crece el malestar puesto que, si se contempla dicho esplendor como sinónimo del privilegio, en la otra orilla de la sociedad necesariamente surge una inmensa

franja humana hacinada en la privación y la represión. A diferencia de lo que quisiera darse a entender desde la concepción totalitaria del estado y la sociedad, la burguesía liberal a esta altura no es ni con poco salvaguarda de las ideas de 1789 y atribuirle, de otra parte, un humanismo y un pacifismo afeminados, está lejos de la realidad del papel que desempeñó en la dinámica de un mundo imperial y una sociedad sujeta a la disciplina y al rigor moral victorianos. En cuanto a cierto intelectualismo occidental, no precisamente puede llamarse en esos términos toda la apropiación que hizo de la filosofía y las nascentes ciencias sociales para justificar y dar soporte a un ámbito de la mercancía y la relación contractual. En este orden de cosas, lejos de propiciar la entrega de la Nación y del Estado a la lucha de intereses de determinados grupos sociales, la sociedad liberal es responsable del fortalecimiento de los estados nacionales, prestando especial interés en la cohesión de las comunidades patrias, la salvaguarda de la posesión y el derecho y en el enriquecimiento de los idiomas nacionales, condiciones indispensables para la consolidación y unificación de los mercados nacionales.

Así que, la lucha iniciada como polémica filosófica y científica contra el racionalismo, el individualismo y el materialismo del siglo XIX, en un ámbito alejado del político, (cf. 1967 15) paradójicamente va a fijar, entrado el siglo XX, los principios fundamentales del liberalismo. Lo que está en juego no es entonces la lucha entre dos concepciones del mundo y la sociedad que incluso se hacen ver como antagónicas; me parece que este es el elemento distractor: lo que realmente está en juego es la defensa de la propiedad (de la gran propiedad, del capital monopolista) amenazada por esas fuerzas que emergen del seno mismo de la sociedad burguesa; si hablamos en términos del marxismo, son las auténticas fuerzas de la negación de la sociedad liberal, y no son precisamente las fuerzas de la concepción totalitaria, sino aquellas a las que alude Von Mises (1985), citado por Marcuse, en términos de socialismo marxista: “El programa del liberalismo... resumido en una sola palabra, podría rezar: propiedad, es decir: propiedad privada de los medios de producción... Todos los demás postulados del liberalismo son la consecuencia de este postulado fundamental” (p. 17). El liberalismo ve en la iniciativa privada del empresario la garantía más segura del

progreso económico y social. Por consiguiente, según el liberalismo, “el capitalismo es el único orden posible de las relaciones sociales” (p. 75) y, por lo tanto, tiene un solo enemigo: el socialismo marxista (p. 13 y s.). Por el contrario, el liberalismo considera que “el fascismo y todas las tendencias dictatoriales similares... han salvado, por el momento, a la civilización europea. En este sentido, el mérito del fascismo perdurará eternamente en la historia” (p. 45). (Marcuse 1967 20).

De este modo, la concepción totalitaria del estado y la sociedad se convierte, paulatinamente, necesariamente, efectivamente, me atrevo a afirmarlo, en lo que podríamos denominar fase totalitaria de la sociedad liberal misma; y llega a su clímax de poder en un momento histórico en que han madurado las contradicciones de la sociedad capitalista: es la herramienta eficaz, demoledora y exterminadora, encubada en la misma sociedad liberal para derrotar, como efectivamente lo hizo en ese momento histórico, toda amenaza, todo intento de revolución social que pudiera dar al traste con el capital y el estado monopolistas. En este sentido un ejemplo: la sociedad liberal observó impasible, por no decir que complaciente, la forma como las fuerzas totalitarias derrotaban a las republicanas en la Guerra Civil Española. En otras palabras era el triunfo mismo, soterrado, del liberalismo allí en la España franquista.

A manera de conclusión, me parece, por consiguiente, que Marcuse al poner la concepción totalitaria del estado en una especie de paralelismo con la sociedad liberal, se queda corto al enunciar la realidad del fenómeno. No puede hablarse de paralelismo o mediación que haya hecho posible tal concepción como si condujese una superación. Considero que la concepción totalitaria en un momento dado es la sociedad liberal misma y su gestación se da en el seno mismo de la sociedad liberal en forma lenta y paulatina. Frente a esta afirmación, la tarea de la teoría crítica de la sociedad consistió en cambio en “la identificación de las tendencias que vinculaban el pasado liberal a su superación totalitaria.” Así mismo, “se trataba de señalar la mediación a través de la cual la libertad burguesa podía convertirse en falta de libertad; pero se trataba también de identificar los elementos que se oponían a esta transformación (Marcuse 1967

7).” No hay tal mediación, la sociedad liberal tiene implícitos los elementos del totalitarismo debido a que las condiciones de su existencia están dadas por la existencia misma de libertades individuales, pero supeditadas todas ellas a la más esencial para el liberalismo que es el derecho de propiedad privada que deviene actualmente en monopolización de la propiedad y en su defensa se predisponen todas las herramientas jurídicas, políticas, militares y de otra índole. En este sentido es que el estado liberal monopolizó el uso de la fuerza, es decir, la estructura del aparato bélico al servicio de la salvaguarda de los bienes. La realidad de la guerra es, por tanto, cosustancial al estado liberal.

Por más que aparezca entonces en su carácter de defensora del derecho y la libertad, en la sociedad liberal la guerra se erige en su más eficaz mecanismo de sobrevivencia. Otros elementos hacen evidente la forma en que la sociedad liberal deviene sociedad totalitaria. Si la custodia de los bienes se realiza según los mecanismos que hemos mencionado, la custodia de la conciencia se lleva a cabo con otros medios a los que el mismo Marcuse alude en el Hombre Unidimensional.

De ahí que me permita resumir algunos presupuestos apoyado en este análisis de Marcuse sobre la sociedad liberal; en primer lugar reafirmar que el orden de cosas actual parece indicar que dicha sociedad tiene que basar su razón de existencia en la guerra y acude a ella como condición sine qua non de supervivencia. En segundo lugar, existe por tanto un cierto no querer dar cuenta de la guerra o, mejor, un querer hacer aparecer la sociedad civil como lo antagónico al estado de guerra cuando, en realidad, la sociedad liberal es en sí estado de guerra o, al menos, manifestaciones de guerra. De esta forma constituye una especie de alter ego, una especie de otro yo, materializado en la concepción totalitaria.

Así que más allá del análisis de Marcuse puede sospecharse que la sociedad liberal es la sociedad totalitaria que idealiza un paraíso de libertad, igualdad y fraternidad que aparece en el horizonte celeste como lo realizable, como lo alcanzable, como lo potencialmente posible. Esta promesa de bienestar que

nunca termina por llegar, es lo que la hace subyugante: las noticias que llegan de aquél que logró el éxito, de ése otro que alcanzó fortuna, de un fulano que llegó a su meta en ese juego de la libertad y el emprendimiento individuales, espolea los ánimos de cuanto soñador al cabo es convencido de que la realización de la existencia en la sociedad liberal es a cuenta y riesgo del emprendedor mismo, sujetando a factores individuales, del sujeto, las posibilidades del éxito o del fracaso. El talante del triunfador se impone en un terreno abonado para serlo. Alcanzar este estatus entonces se atribuye más a factores subjetivos que objetivos. Se traslada así al individuo la responsabilidad de su propio éxito en cuyo derrotero, muy a menudo, están afectados la ética profesional misma o el referente a la ley y a la moralidad: la fórmula de que el fin justifica los medios hace carrera hoy al considerarse que a menudo el éxito no está exento, entre otros, del soborno, del lobby, de la competencia desleal, de la inclinación monopolista, etc.

En tercer lugar, a diferencia de lo que pudiera desprenderse del pensamiento de Hobbes (1989) sobre la guerra, la sociedad liberal no ha desterrado las manifestaciones de guerra de su seno, de las instancias de su Estado hacia sus márgenes, hacia los confines dónde choca con otro Estado. Foucault llegará más lejos, sostendrá que en todo sentido y en toda instancia, la sociedad actual está atravesada por diversas manifestaciones de guerra, es decir, la sociedad política es la continuación de la guerra por otros medios, invirtiendo de este modo el célebre aforismo de Clausewitz (2005) y reduciendo la libertad y los derechos al derecho de los vencedores (Foucault 2000).

Por último, la condición de alter ego que presenta la concepción liberal del Estado supone estado de guerra tanto al interior como al exterior de dicha entidad: al interior manifestaciones de guerra en amplio sentido de la palabra; al exterior, la guerra en su situación más descarnada, el mundo actual es testimonio de ello; las tensiones entre los estados fuertes por el establecimiento de un orden mundial parece obedecer, en gran medida, a una cuestión geoestratégica de posesión de los recursos y dominio de los mercados (Ignatieff, 1999; Ramonet 2002; Strange, 2001; Münkler, 2004).

Referencias bibliográficas

BAUDRILLARD, Jean (2007). La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras. Madrid: Siglo XXI Editores.

BAUMAN, Zygmunt (2007). Vida de consumo. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económico.

BAUMAN, Zygmunt (2009). Ética posmoderna. España: Siglo XXI Editores.

BECK, Ulrich (2002). La sociedad del riesgo global. Madrid: siglo XXI Editores.

BENTHAM, J. (2008). *Los principios de la Moral y la Legislación*. Buenos Aires: Editorial Claridad S.A.

BERLIN, Isaiah (2004). La traición de la libertad. Seis enemigos de la libertad humana. México: Fondo de Cultura Económico.

BOURDIEU, Pierre (1998). La distinción. Criterios y bases sociales del gusto. Madrid: Taurus.

CASTELLS, Manuel. (2005). La era de la información: economía, sociedad y cultura. Madrid, Alianza Editorial.

CLAUSEWITZ, Carl Von (2005). De la guerra, Versión íntegra, Traducción de Carlos Fortea, Estudio preliminar de Gabriel Cardona. Madrid: La Esfera de los Libros.

CORTINA, A. (2002). Por una ética del consumo. España: Taurus Pensamiento.

DERRIDA, J. (1998) "Notas sobre deconstrucción y pragmatismo", en Mouffe, Ch. (comp.), en Deconstrucción y pragmatismo, trad. M. Mayer. Lanús: Paidós.

DURKHEIM, Emile (1928). El Suicidio. Madrid: Editorial Reus S. A.

ESTRADA ARAQUE, Ernesto (2007). Michel Foucault: la ontología histórica de nosotros mismos en los tiempos de la producción. En: Revista Escritos, UPB. Vol. 15. No 34.

FOUCAULT, M. (1984): What is enlightenment? En P. Rabinow (Ed.), *The Foucault Reader* (pp. 32-50). Nueva York: Pantheon Books.

FOUCAULT, M. (2000). *Defender la sociedad*, México: Fondo de Cultura Económico.

FOUCAULT, M. (2006). *Vigilar y Castigar*. México: Fondo de Cultura Económica.

FOUCAULT, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. México: Fondo de Cultura Económica.

FOUCAULT, Michel, (2009). *El gobierno de sí y de los otros*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. pp. 24-28.

HAKIM, Catherine (2012), *Capital erótico. El poder de fascinar a los demás*. Barcelona: Debate.

HOBBS, Thomas. (1989). *LEVIATÁN*. Madrid: Alianza.

IGNATIEFF, Michael G. (1999), *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*. Madrid: Grupo Santillana de Ediciones.

KANT, I. (1964). *Filosofía de la historia*. Buenos Aires: Nova.

LIPOVETSKY, Gilles (1996). *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*. Barcelona: Editorial Anagrama.

LIPOVETSKY, Gilles (2000). *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona: Editorial Anagrama.

LIPOVETSKY, Gilles (2002). *La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino*. Barcelona: Editorial Anagrama.

LIPOVETSKY, Gilles (2007). *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Marcuse, Herbert. (1967). *Cultura y sociedad*. Buenos Aires: Editorial Sur S. A.

MARCUSE, Herbert (1993). *El hombre unidimensional*. Barcelona: Editorial Planeta – De Agostini.

MARCUSE, Herbert. 1967. *Cultura y sociedad*. Buenos Aires: Editorial Sur S. A.

MARX, K. (1983). Trabajo asalariado y capital. En el Manifiesto del Partido Comunista y otros ensayos. Madrid: Editorial SARPE. Traducción cedida por Ediciones Progreso, Moscú.

MÜNKLER, Herfried (2005). Las nuevas guerras. Madrid: Siglo XXI.

MURIEL, Alexander (2014). La finitud de la guerra o la guerra infinita. En: Revista Ideas y Valores, Universidad Nacional de Colombia. v.63, fasc.156, p. 223 - 241.

RAMONET, Ignacio (2002). Guerras del siglo XXI. Nuevos miedos, nuevas amenazas. Barcelona: Mondadori.

STRANGE, Susan (2001). La retirada del Estado. La difusión del poder en la economía mundial. Barcelona: Ed. Icaria Internacional-Intermón Oxfam.

VON MISES, Ludwig (1985). *Liberalism in the classical tradition*. The Foundation for Economic Education, Inc. Irvington-on-Hudson, New York.